

DISCURSO DE APERTURA DEL 43° CONGRESO NACIONAL DE LA SOCIEDAD ITALIANA DE TRASPLANTES DE ÓRGANOS Y TEJIDOS

Roma, 21 de noviembre de 2019

Estoy feliz de traer el saludo de la Academia Pontificia para la Vida y mío personal en su 43° Congreso Nacional. El tema de los trasplantes de órganos y tejidos es de interés especialmente para la Academia para la Vida tanto por su valor médico-científico como por su sentido ético-antropológico. En este breve saludo quisiera destacar, como mi pequeña contribución al Congreso, este segundo aspecto que califica altamente el sentido del don que se inscribe en la perspectiva de los trasplantes de órganos y tejidos. Lo hago a partir del saludo que Benedicto XVI dirigió a los participantes en el Congreso Internacional sobre el tema: "Un don para la vida. Consideraciones sobre la donación de órganos" promovido por la Academia Pontificia para la Vida, el 7 de noviembre de 2008. Estas son algunas de las palabras del Papa Benedicto: "en un período como el nuestro, a menudo marcado por diferentes formas de egoísmo, se hace cada vez más urgente entender lo crucial que es corregirlo. La concepción de la vida entra en la lógica de la gratuidad. El acto de amor que se expresa con el don de los órganos vitales de uno, permanece como un testimonio genuino de caridad que sabe mirar más allá de la muerte para ganar siempre

vida." [1] Unos años antes, en *Evangelium Vitae* (25.3.1995), en el no. 86, San Juan Pablo II había hablado de la donación de órganos como un acto que, entre los "muchos gestos de donación" de la vida de muchos hombres y mujeres, merece una "apreciación particular". Y es uno la insistencia en inscribir el trasplante de órganos en la perspectiva del don.

De hecho, en nuestro caso no se trata simplemente de dar algo propio, "se da algo, ya que 'en virtud de su unión sustancial con un alma espiritual, el cuerpo humano no puede considerarse solo como un complejo de tejidos, órganos y funciones..., pero es una parte constitutiva de la persona, que a través de ella se convierte se manifiesta y se expresa' (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Donum vitae*, 3). Es para esto que cualquier acción tendiente a comercializar órganos humanos o considerarlos como unidad de intercambio o venta, es moralmente inaceptable, ya que viola la misma dignidad de la persona". [2] El don no es reducible a un acto externo puro, sino que involucra la libertad misma del donante: se ofrece, se

hace presente como persona en el don que hace. [3]

Somos conscientes de que en el campo de los trasplantes, se crean tres métodos diferentes, en a la cual el bono - en el don hay el reconocimiento de un bono - entre donante y receptor toma diferentes formas. En la donación viva, el donante ofrece un órgano en razón el vínculo, sanguíneo o emocional, que lo une al receptor; por ejemplo, un padre dona a hijo, esposa a esposo. Este gesto está motivado principalmente por un beneficio propio conjuntamente, reconociendo que esto ayudará a mejorar la vida del receptor. En donación cadavérica, el donante - y, si no se expresa, las partes autorizadas - dona a la comunidad, que a través de los organismos responsables distribuye los órganos según parámetros específicos. El donante no elige quién será el receptor, no lo conoce. Finalmente, hay una forma de donación llamada buen samaritano. Un sujeto vivo dona un órgano sin querer saber quién será el destinatario, quién será elegido según los criterios establecidos por la comunidad científica.

[1] Discorso di Benedetto XVI: Ai Partecipanti al Congresso Internazionale sul tema: "Un dono per la vita. Considerazioni sulla donazione di Organi" promosso dalla Pontificia Accademia per La Vita, 7 Novembre 2008.

[2] Discorso del Santo Padre Giovanni Paolo II: Al 18° Congresso Internazionale della Società dei Trapianti, 29 Agosto 2000.

[3] Benedetto XVI, *Deus Caritas Est*, n. 34.

Nos enfrentamos a diferentes formas de donación, en las que nos movemos desde un vínculo muy fuerte entre el donante y el receptor hacia la falta de un enlace específico. ¿Cómo dar razón a estos gestos, aparentemente tan diferentes? ¿Y qué cosa tiene en común la donación hecha a una persona conocida o a un extraño? En mi opinión es necesario bajar más en profundidad y captar esa dimensión de la circularidad del don que está vinculada a la sustancia misma de las relaciones humanas. En esta perspectiva, señala Pierangelo Sequeri, el don "No es una separación de algo unidireccional: como si fuera dirigido a alguien para llenar la cavidad de otro. El don es siempre una forma de intercambio y de correspondencia cuyo fundamento no es la riqueza o la pobreza. Su fundamento es siempre, de varias maneras, el reconocimiento de la calidad humana de las relaciones humanas: para el que vale la pena amar y sufrir, imponer límites y tener el coraje de superarlos, aceptar el riesgo de una relación verdaderamente humana y apreciar el capacidad de honrar los lazos que lo justifican". [4] Por lo tanto, podemos decir que, con motivo del trasplante de órganos, algo revela que tiene lugar, de una manera casi oculta, una de las di-

mensiones centrales de la vida: la dimensión de la gratuidad. «El trasplante es el proceso de un don, que simultáneamente concierne al donante, el donante y ese objeto simbólico que es el don. Cada don es tal porque implica el acto de dar, el acto de recibir y el acto de donar un 'donado'. En este entrelazamiento de relaciones, el don de algo se convierte para el donante en la forma concreta del don de sí mismo, en favor de otro, el donante». [5] ¿Cuántos gestos gratuitos han cambiado la identidad de quienes los pusieron en práctica? Muchas personas que dieron su consentimiento para la donación de un órgano de un ser querido testimoniaron que ese gesto ha influido, a veces significativamente, en su existencia. El don no solo no es unidireccional, sino que configura una lógica circular. La relación de don es activa-pasiva se da en dos frentes: de los que dan y los que reciben y, a su vez, vuelven a dar, a su vez, un segundo tiempo.

Esta parábola evangélica es ejemplar. El evangelista Lucas escribe: "Al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales deteniéndose a cierta distancia, alzaron la voz diciendo: 'Jesús, Maestro ¡ten piedad de nosotros!'. Ape-

[4] P. Sequeri, *L'umano alla prova. Soggetto, identità, limite*, Milano: Vita e pensiero, 2002, 129.

[5] M. Chiodi, *Etica della vita. Le sfide della pratica e le questioni teoriche*, Glossa, Milano 2006, 380.

nas los vio, Jesús dijo: 'Vayan a presentarse a los sacerdotes'. Y mientras ellos iban, fueron sanados. Uno de ellos, al verse curado, regresó alabando a Dios a grandes gritos, y se arrojó a los pies de Jesús para agradecerle. Era un samaritano. Pero Jesús observó: ¿No han sido curados los diez? ¿Y dónde están los otros nueve? Nadie regresó para dar gracias a Dios sino este extranjero". Y le dijo: Levántate y vete, tu fe te ha salvado"(Lc 17, 12-19). El agradecimiento de parte de un extranjero muestra que el destinatario ha valorado y comprendido el sentido del don; el reconocimiento dice al donante que su gesto fue apreciado, y por lo tanto él mismo se siente reconocido, dando testimonio de la bondad de su acción. Este no fue el caso de los otros nueve. Toda persona pide ser reconocido en su identidad más auténtica. Paul Ricoeur señala: "¿Y si, afortunadamente, lo hago? resulta que mi gratitud no debe dirigirse a todos aquellos que, en uno de una forma u otra, ¿han reconocido mi identidad al reconocerme?". [6] El don auténtico siempre lleva la esperanza de la gratitud: se espera y se acepta, no es reclamación. De lo contrario, traicionaría el significado del don. En la perspectiva del vínculo entre gratitud y

gratitud, de la lógica circular del don, hay que tener en cuenta que hay algunas formas que traicionan el sentido auténtico de don. No sería un don, por ejemplo, si estuviera hecho de oportunismo o de compulsión, explotar la ignorancia o fragilidad del receptor, chantajearlo más o menos sutilmente. Y entonces, no sería un don si eso exigiese la restitución material forzosa de lo que se ha dado, si no corriese el riesgo de no recibir nada a cambio o de reembolsar lo propio, si de hecho no liberase ritualmente al otro de la obligación de restituir forzosamente.

Debe reiterarse que, en la lógica del don, lo que aparentemente es una restitución, en realidad es un "segundo primer don", como dice Paul Ricoeur, [7] porque se hace libremente, en respuesta a un don que precede. Como se mencionó anteriormente, el reconocimiento del don, como un segundo primer don, es deseado, deseado, pero no requerido: así, uno acepta y se acepta el riesgo de un 'no retorno', aunque con la esperanza de que, al recibir el don, el otro a su vez, se vuelve capaz de dar a los demás en lugar de al donante mismo. En la experiencia de dar, en cuyo origen siempre existe la experiencia de re-

[6] P. Ricoeur, *Percorsi del riconoscimento*, Milano: Cortina, 2005, 5.

[7] P. Ricoeur, *Percorsi del riconoscimento*, 270.

cibir, el hombre llega a la cima de sus posibilidades, empeñando su bien más preciado, la libertad; por eso el don "permanece como una experiencia vinculada al amor y a la gratuidad: esto no podría nacer de la fuerza del mandato de la ley o asegurado por temor a un posible castigo. No puede ser favorecido por un estilo gerencial, autoritario u orientado al miedo, sino más bien por confianza y asunción de responsabilidad". [8] Cuanto más se convenza la persona de que la otra no obligado a regresar, cuanto más se libere de esta obligación, su gesto será más libre, será hecho en virtud de la relación, nutrirá el vínculo, protegerá la relación.

Una observación final que me gustaría hacer sobre la "normalidad" de la dimensión del don o, si lo desea, de gratuidad en las relaciones humanas. En un entorno de abandono cultural lleva a calificar el acto de dar como una elección heroica y unidireccional, una especie de altruismo exasperado, que finalmente hace que el don sea imposible, [9] irreal, ya no se trata, de hecho, de hacer gestos extraordinarios, pero de continuar y prolongar esa trama de los cuales cada vida está te-

jida. La experiencia del don, de hecho, recuerda a cada uno "la propia identidad filial: no viviría si no se hubiera recibido y si no se continuara recibiendo". [10] El don reenvía al hecho de generar y ser generado, de generación en generación. En la raíz, la lógica del don revela la profunda verdad del ser humano, que es la "lógica" de la generación, que está junto para ser generado y generador, que es la lógica de la generación que es al mismo tiempo se generado y generar. De hecho, generar "es, sobre todo, un acto humano en el cual se constituye una relación: y en esta relación existe quien da, quien recibe. Es siempre un juego a aquello que se da. En fin, debemos redescubrir con mayor conciencia que querer bien significa hacer el ser. Recíprocamente, en el origen de cada elección generante, está el reconocimiento (grato) de haber sido generado (pasivo): "ser generado es experimentar aquello que sobre todo recibo: y no recibo algo, sino que me recibo a mí mismo... Todo hombre, como hijo, se entrega a sí mismo. Él es radicalmente un don". [11]

En esta perspectiva se entiende el nexo entre donar a quienes se conocen, la do-

[8] G. Cucci, *Altruismo e gratuità. I due polmoni della vita*, Assisi, Cittadella, 2014, 197-198

[9] J. Derrida, *Donare il tempo*, Milano, Cortina, 1996; ID., *Donare la morte*, Milano, Jaca Book, 2002.

[10] G. C. Pagazzi, *La carne*, Cinisello Balsamo: San Paolo, 2018, 27-28.

[11] *Ibid.*, 27.

nación del vivo y donar a la comunidad, la donación del cadáver es la donación del buen Samaritano: reconocer lo que se ha recibido del otro, de otros, de toda la comunidad. Es la razón de la relación constitutiva hacia los demás, que en libertad se abre al don. Por lo cual dar y recibir,

gratuidad y gratitud, se reclaman y se garantizan recíprocamente, según un círculo virtuoso, en el que se realiza el esplendor de la verdad.

S. E. Mons. Vincenzo Paglia